

camino, y desde lo alto de las colinas extendidas á orillas del Dnieper divisaron como al mediodía las torres de Esmolensko, brillantes de blancura. Todos sus bagajes había perdido aquel cuerpo, su artillería y unos mil hombres; pero la vista de Esmolensko, que parecía casi la frontera de Francia, causó un vivo movimiento de alegría. ¡Ah, no sabía lo que allí le aguardaba!

Durante estos mismos días 9, 10, 11 y 12 de noviembre, continuó el grande ejército su marcha de Dorogobouga á Esmolensko, sembrando á cada paso la tierra de hombres y de caballos sin vida, de carros abandonados, y consolándose con la idea que animaba á todos de hallar en Esmolensko víveres, descanso, techos, socorros, y finalmente, todos los medios de recuperar las fuerzas, la victoria y aquella gloriosa supremacía de que se había gozado durante veinte años. Mientras la cabeza del ejército marchaba sin que la persiguieran enemigos encarnizados, bien que bajo un cielo que era el mayor enemigo de todos, la retaguardia guiada por el mariscal Ney sostenía á cada paso algo difícil combates obstinados para contener sin artillería y sin caballería á los rusos, abundantemente provistos de todas las armas. Dentro el mariscal Ney de Dorogobouga, empeñóse en defenderla, lisonjeándose de defenderla muchos días y de dar así espacio á que cuanto iba como á rastra, hombres y cosas, llegara á Esmolensko. Este hombre singular, cuya alma energética estaba sostenida por un corazón de hierro, que jamás sentía cansancio ni privación alguna, que se acostaba á cielo raso, dormía ó no dormía, se alimentaba ó no se alimentaba, sin que nunca el desfallecimiento de sus miembros menoscabara su bizarría, marchaba á pie lo más del tiempo, en medio de sus soldados, no desdenándose de juntar cincuenta ó ciento y de ir á su cabeza como un capitán de infantería por entre el fuego de la fusilería y la metralla, tranquilo, sereno, considerándose invulnerable, pareciéndolo efectivamente, y no creyéndose rebajado cuando en una de estas escaramuzas de todos los instantes, cogía un fusil de manos de un soldado moribundo y lo descargaba contra el enemigo, para probar que no hay tarea indigna de un mariscal, si es provechosa. Implacable con los demás como consigo propio, iba á despertar con su propia mano á los remolones, movíalos de un lado á otro, los obligaba á partir, y hacía que se sonrojaran de su remolamiento (cobardes de hoy que ayer habían sido héroes á menudo). No ablandándose ante los heridos que caían en torno suyo y le suplicaban que no los abandonase, les respondía bruscamente que allí para llevarse no tenía cada cual más que sus piernas; que ellos eran hoy víctimas de la guerra y él quizá lo sería mañana, y que morir entre el fuego ó sobre el camino era el oficio de las armas. No pueden ser de hierro todos los hombres, pero les es lícito mostrarse tales como los demás, cuando lo son primeramente y sobre todo consigo mismos. Después de mantenerse un día y luego otro en Dorogobouga, retiróse el mariscal luego que los rusos pasaron el Dnieper sobre su derecha, y le amenazaron con envolverle y aprisionarle. Entonces trasladóse al otro paso de este río, junto á Soloviewo, defendióle igualmente, y á algunas leguas de este punto, sobre la meseta de Valoutina, que había cubierto de cadáveres tres meses antes, obstinóse en defender aún el terreno. Llegado allí, tenía que entrar en Esmo-

lensko y entró efectivamente, si bien el último y después de hacer todo lo posible por retardar la marcha del enemigo.

Cada cuerpo, marchando en su sitio, se aproximaba sucesivamente á Esmolensko. ¡Ah, todos debían experimentar allí crueles desengaños! Napoleón, llegado el primero, sabía muy bien que no había en esta ciudad los vastos almacenes con los cuales se contaba; pero con las subsistencias que había allí para ocho ó diez días, habíase lisonjeado de atraer en torno de sus banderas á los soldados desbandados, haciéndoles distribuciones de víveres que no se repartirían sino en el cuartel de cada regimiento. Con los fusiles que había en Esmolensko esperaba armarlos después de reunirlos. Llegado Napoleón á esta ciudad con la guardia, dispuso que sólo entrara ella, é hizo que se la distribuyeran víveres y los alojamientos disponibles. Al ver la muchedumbre de rezagados que se le interceptaba el acceso de la ciudad, blanco de sus esperanzas, sintióse poseído de desesperación y de ira y exhaló su cólera especialmente contra la guardia imperial, diciendo que se la sacrificaba todo. Verdad es que el grande interés de mantener la disciplina justificaba la preferencia de que gozaba en la distribución de los recursos; pero la guardia, que en esta campaña había prestado tan pocos servicios y á la cual se gastaba en el camino, no queriendo gastarla en el fuego, no inspiraba gratitud bastante para imponer silencio á la envidia. Juntándose los veteranos del primer cuerpo, á los cuales no se había contemplado ni un solo día, con la muchedumbre desarmada que obstruía las puertas de Esmolensko, y quejándose vehementemente, disciplinados como estaban y todo, no hubo más arbitrio que el de renunciar á prohibiciones quiméricas é impotentes para precaver la disolución del ejército ya casi consumada. Solamente la abundancia, el descanso, la seguridad, podían restituir á los hombres la fuerza física y moral, el decoro, el sentimiento de la disciplina. Como era de esperar, la muchedumbre penetró violentamente por las calles de Esmolensko, y dirigióse á los almacenes. No hizo buen efecto que los que los custodiaban enviasen á sus respectivos regimientos á los que llegaban muertos de hambre, con la promesa de que allí encontrarían distribuciones, y sin embargo se les creyó y prestó obediencia al pronto. Pero cuando después de andar errantes de derecha á izquierda por aquella ciudad llena de confusión y arruinada, no hallaron los soldados en parte alguna los puntos de distribución tan prometidos, retornaron, prorrumpieron en gritos de rebeldía, se arrojaron sobre los almacenes, derribaron las puertas y entráronlos á saco. «¡Que saqueen los almacenes!» fué el grito general, grito de espanto y de desesperación. Todos quisieron correr allí para arrancar algunos restos con que alimentarse. Con todo acabóse por restablecer algo de orden y por salvar algo para los cuerpos del príncipe Eugenio y del mariscal Ney, que se aproximaban batiéndose de continuo y cubriendo la ciudad contra las tropas enemigas. A su vez recibieron subsistencias y algo de descanso, aunque no á cubierto, sino en las calles, y al abrigo, no del frío, sino del contrario. A pesar de todo ya no era posible forjarse ilusiones: el ejército, que había creído en Esmolensko hallar subsistencias, vestuarios, techos, socorros y murallas, y que no encontraba

nada de esto, á no ser víveres, reconoció muy luego que sería forzoso tornar á partir al día siguiente, y empezar de nuevo aquellas interminables carreras, sin abrigo para dormir de noche, sin pan con que alimentarse, dando combates no interrumpidos, con fuerzas agotadas, casi sin armas, y con la cruel certidumbre de ser presa de los lobos y de los buitres si se recibía una herida. Semejante perspectiva sumió al ejército entero en una desesperación verdadera; vióse en un abismo, y sin embargo aún no lo sabía todo.

Al llegar á Esmolensko supo Napoleón noticias mucho más siniestras que las que le asaltaron en Dorogobouga. Ante todo, habiéndose adelantado el general Bâraguey de Hilliers, á tenor de órdenes del cuartel general, con su división por el camino de Jelnia, y haciendo que le precediera una vanguardia á las órdenes del general Augereau, cayó en medio del ejército ruso, y ya fuese por falta de vigilancia, ya, y esto es más verosímil, porque la situación no permitiera obrar de otro modo, perdió la brigada de Augereau, fuerte de dos mil hombres. Con el resto de su división, había tornado á Esmolensko. Napoleón, á quien sus propias faltas debieran hacer indulgente respecto de las ajenas, dispuso que el general Bâraguey de Hilliers se dirigiera á Francia, para someter allí al juicio de una comisión militar su conducta.

Mientras esta infeliz división, deshonrada por semejante orden del día más que por la conducta de que se la acusaba, volvía á entrar en Esmolensko, sabía Napoleón que el ejército de Tchitchakoff había hecho nuevos progresos, y amenazaba á Minks, á los inmensos almacenes que teníamos dentro, y sobre todo la línea de retirada de las tropas; que el príncipe de Schwartzenberg, fluctuando entre el deseo de marchar detrás de Tchitchakoff y el temor de dejar á Sacken á su espalda, perdía el tiempo en inútiles perplejidades y no avanzaba; que el mariscal Víctor, duque de Bellune, había hallado junto al Oula al segundo cuerpo separado de los bávaros, y reducido por efecto de esta separación á diez mil hombres; que personalmente no mandaba más que veinticinco mil soldados, sumando treinta y cinco mil entre todos; que ya reunidos los mariscales Víctor y Oudinot, exagerándose las fuerzas de Vittgenstein, temiendo darle una acción decisiva, entendiéndose poco, limitándose á marchas y contramarchas entre Lepel y Sienna, no habían repelido, como se necesitara, con una rápida victoria á Vittgenstein y á Steinghel más allá del Dwina. Por tanto Tchitchakoff y Vittgenstein se adelantaban muy de prisa; á treinta leguas se hallaban uno de otro, lo cual hacía quince para cada uno: sólo les separaba el ejército de los mariscales Oudinot y Víctor, que podían combatir ó evitar, según les conviniese, y juntos finalmente en el alto Berezina, hacia Borisow, quizá nos iban á oponer ochenta mil hombres. Y entonces, ¿qué haríamos con nuestra mercedísima hueste entre Kutusoff por la cola y Tchitchakoff y Vittgenstein por la cabeza? Esta marcha, que al salir de Moscou había comenzado por una maniobra ofensiva, cambiada después en retirada, al principio arrogante, de seguida triste, dolorosa, llena de tormentos, podía de consiguiente venir á parar en un desastre inaudito, quizá en el cautiverio del caudillo y de los soldados, señores del mundo seis meses antes.

Sin embargo urgía abrazar un partido, puesto que permanecer en Esmolensko era imposible de todo punto. Granos y carne sólo había para subsistir cuando más una semana. Había, pues, necesidad de encaminarse á vivir á otra parte, al centro de la Polonia, y sobre todo más allá de aquel Berezina, cuyo paso amenazaban cerrarnos dos ejércitos rusos. Se necesitaba marchar con la espada desnuda sobre ellos, empujar por un lado á Oudinot y Víctor contra Vittgenstein, arrojarlos al paso encima de Tchitchakoff y abrumarle, y seguidamente ir á establecerse entre Minks y Wilna, con el Niemen por apoyo. Pero para esto no había que perder instante, se necesitaba no permanecer un día más en Esmolensko.

Allí estaba Napoleón con la guardia imperial desde el 9 de noviembre: los demás cuerpos habían entrado unos tras otros los días 10, 11, 12 y 13. Con las tropas llegadas el 9 resolvió salir de allí el día 14, y hacer que las llegadas el 10, 11 y 12 partieran los días 15, 16 y 17. Falta de previsión es ésta poco digna de su genio, y que sólo se explica por la ilusión que respecto del ejército de Kutusoff se forjaba. También este ejército había padecido, y de ochenta mil hombres de tropas regulares (sin los cosacos) se hallaba reducido á cincuenta mil por los combates de Malo-Jaroslawetz y de Viasma, por el cansancio y por el frío. Hasta ahora nos había perseguido con vanguardias de tropas ligeras contentándose con hostigarnos, aumentar nuestras escaseces, recoger los rezagados, pero sin designio aparente, á no ser en Viasma, de interceptarnos el camino. Venturoso el veterano Kutusoff al vernos perecer uno á otro, no quería arrostrar nuestra desesperación atravesándose de por medio para atajarnos el paso. No cifraba su gloria en batirnos, sino en aniquilarnos. Al príncipe de Wurtemberg le dijo estas notables palabras: «Ya sé que vosotros los jóvenes renegáis *del viejo* (así se calificaba á sí propio), que le halláis tímido é inactivo...; pero sois muy jóvenes para juzgar cuestión semejante. El enemigo que se retira es más terrible que os parece, y si volviera caras, ninguno de vosotros haría frente á su furia: con llevarle arruinado al Berezina habré coronado mi tarea. Esto es lo que debo á mi patria, y lo haré de seguro.» Pero, á pesar de su constante prudencia, sabía que era forzoso conceder algo á las pasiones de las tropas, y algo también á la fortuna del imperio, que sin duda podía muy bien entregarle á Napoleón en tal paso que le fuera fácil destruirle de un solo golpe. No renunciaba á esto del todo, bien que fuese otro el objeto esencial de su marcha. Nos seguía lateralmente, por un camino bien provisto, hostigándonos con tropas ligeras de Platow y de Miloradowitch, pronto, si en alguna parte nos podía tomar la delantera, no á atravesarse de por medio, pues así nos obligara á pasar por encima de su tropa, sino á codearnos fuertemente, y cortar algún trozo de nuestra larga columna.

Según acontece en las situaciones extremas, Napoleón tenía alternativas de abatimiento y confianza, de severidad y de condescendencia consigo propio, y adivinando el miedo que Kutusoff le tenía, sacando de aquí un consuelo y fiándose en él demasiado, no creía hallarle en su camino de Esmolensko á Minks de ningún modo. Allí no temía más que la reunión de Tchitchakoff y Vittgenstein, y por parte de Kutusoff no es-

peraba más que algunos ataques de retaguardia. Por este motivo, aun teniendo el gran ejército de Kutusoff sobre su espalda y sobre su izquierda, ni siquiera pensó en poner el Dnieper de por medio, ni en continuar su retirada sobre Minks por la orilla derecha de este río. Prefirió tomar el camino trillado de la orilla izquierda, el de Esmolensko á Orscha, por el cual había ido, que era el mejor y el más corto. También por este motivo no partió en una sola masa, lo cual imposibilitara todo accidente, y le permitiera abrumar á Kutusoff si le encontrara en alguna parte. Pudiendo oponer todavía, ¡ay, que habremos de confesarlo!, treinta y seis mil hombres á los cincuenta mil de Kutusoff, hallárase en aptitud de atropellarlo si se le atravesaba sobre su camino. Pero no suponiendo que esto pudiera verificarse, y con prisa de cruzar las sesenta leguas que le separaban de Borisow junto al Berezina, imaginó que, haciendo partir el 14 los que llegaron el 9, el 15 los que llegaron el 10, el 16 y el 17 los que llegaron el 11 y el 12, daría á cada uno tiempo de descansar, de reorganizarse un poco, de recobrar alguna fuerza, á fin de presentarse en mejor estado delante del ejército de Moldavia, único enemigo en quien pensaba entonces. ¡Ilusión importuna que nos hubo de ser muy funesta, que nos produjo pérdidas crueles, y que en tan grande espíritu como el de Napoleón sólo puede explicar una preocupación dominante, la de llegar á Borisow muy pronto!

Con este objeto adoptó sus disposiciones. Se le habían incorporado algunos batallones y escuadrones de marcha, figurando la mayor parte de la división de Baraguey de Hilliers, tan desdichadamente comprometida en el camino de Jelnia. Dispuso que se embeciera en los cuadros, lo cual aumentó algo la fuerza de los demás cuerpos. De esta suerte el del mariscal Davout subió á once ó doce mil hombres, el del mariscal Ney á cinco mil, y á seis mil el del príncipe Eugenio. No quedaban más que unos mil hombres á Junot, jefe de los westfalianos, y setecientos ú ochocientos al príncipe Poniatowski, jefe de los polacos. Sobre las armas no conservaba más que diez ú once mil hombres la guardia, á la cual se había contemplado tanto para verla perecer por los caminos. Todo el resto de la caballería no comprendía más que quinientos jinetes montados. Así, marchando en masa, todo lo más que se podía oponer á Kutusoff era una fuerza de treinta y seis ó treinta y siete mil hombres. Cuantos faltaban á este guarismo para completar los cien mil y más hombres con que se contaba al salir de Moscou, seguían á la desbandada, ó habían muerto por el camino. Después de las reiteradas representaciones de los jefes de la artillería consintió Napoleón en sacrificar parte de sus cañones, y en proporcionar su número á la cantidad de municiones, cuya traslación era posible. Por ejemplo, el mariscal Davout, que aún tenía su artillería casi intacta, habiendo podido llevar hasta Esmolensko ciento veintisiete bocas de fuego para once ó doce mil hombres, que aún le quedaban de pie y con armas en sus cinco divisiones, sólo tenía municiones para treinta piezas de artillería. Se le redujo á veinticuatro bocas de fuego convenientemente municionadas. Lo propio se hizo en los demás cuerpos. Se repartieron los tiros entre los carros conservados.

Después de reorganizar su ejército algún tanto, por segunda vez hizo comunicar al príncipe de Schwartz-

berg la orden de perseguir vivamente al almirante Tchitchakoff, á fin de cogerle por la cola antes de que pudiera caer sobre nosotros, y á los mariscales Oudinot y Víctor la de atacar resueltamente á Wittgenstein para alejarle por lo menos del Berezina, si no se le podía repeler más allá del Dwina. En seguida partió de Esmolensko el 14 por la mañana con la guardia, precedido de la caballería desmontada á las órdenes del general Sebastiani y seguido de gran parte de los embarazos del ejército. Resuelto estaba que el príncipe Eugenio partiera el 15, procurando echar por delante á toda la masa desbandada. A su vez el mariscal Davout debía abandonar el 15 á Esmolensko, precediéndole su artillería y sus equipajes de modo que dejara detrás lo menos posible, y por último debía evacuar aquella ciudad el mariscal Ney, después de hacer saltar sus murallas. Se convino en no llevar más lejos las mujeres que se arrastraban detrás desde Moscou, pues en vista del frío, de la proximidad del contrario, y de los peligros que se iban á correr á cada instante, lo más humano era volverlas á entregar en manos de los rusos. A última hora y con ánimo de salvar de Esmolensko cuanto fuera posible, y sobre todo de destruir completamente sus defensas, prescribió Napoleón al mariscal Ney que no partiera hasta que las órdenes expedidas estuvieran ejecutadas del todo, para lo cual se dió término hasta el 17. ¡Resolución fatal que costó la vida á muchos soldados, los mejores del ejército!

Según se acaba de ver, Napoleón se puso en camino el 14 por la mañana. Ya se habían despachado por delante muchos hombres inútiles, muchos carros con refugiados y con enfermos, de los cuales murieron no pocos á causa del frío, que aún se hizo más intenso, habiendo bajado el termómetro de Reaumur á 21° (1). Cubierto estaba el camino de restos humanos que asomaban por debajo de la nieve. Napoleón fué con la guardia á pernoctar á Koritnia, mitad del camino de Esmolensko á Krasnoe. Completamente desnuda de recursos estaba la comarca aquélla, y sólo se pudo vivir de lo llevado de Esmolensko, ó de carne de caballo asada al fuego de los vivaques.

Precediendo el general Sebastiani con la caballería desmontada á la columna de la guardia, entró este día en Krasnoe, encontró allí al enemigo, y vióse obligado á encerrarse dentro de una iglesia para defenderse, hasta que se acudiera en su ayuda. Con efecto, al día siguiente, 15, partió Napoleón de Koritnia por la mañana y llegó á Krasnoe por la tarde, libertó á Sebastiani, y supo con dolorosa sorpresa que, no limitándose Kutusoff esta vez á hostigarnos de flanco, se aproximaba á Krasnoe con todas sus fuerzas, ora para obstruirnos el camino, ora para cortar cuando menos una parte de nuestra larga columna. Este era el caso de sentir vivamente la marcha sucesiva, que dejaba la cola del ejército á tres jornadas de su cabeza, y ofrecía al enemigo el medio casi seguro de cortar la parte que le acomodara. Aunque sólo quedarán treinta y seis ó treinta y siete mil hombres con el fusil al hombro, éstos, que sobrevivían á la disciplina militar destruída, sin duda valían por dos ó tres

(1) Tal es el aserto de Mr. Larrey, que llevando un termómetro colgado de los botones de su levita, es el único testigo ocular, cuyas aserciones merecen fe respecto de la temperatura que hubo que sufrir durante esta memorable retirada. (N. del A.)

enemigos cada uno, á pesar de hallarse extenuados. Por otro parte, no teniendo Kutusoff más que cincuenta mil combatientes, sin contar los cosacos, fácil fuera abrirse camino, si se marchara en una sola masa; y como la razón ordinaria de extenderse para vivir tenía poco valor en un país enteramente devastado, donde los que iban delante consumían lo poquísimo que aún quedaba, y en que los demás se alimentaban con carne de caballo, posible era marchar todos juntos, y caminar además por la orilla derecha del Dnieper, que, no estando aún helado del todo, ofrecía un resguardo de alguna importancia.

Conociólo Napoleón harlo tarde, pues por parte de Kutusoff no esperó más que algunos ardidés de retaguardia y de ningún modo un ataque en regla. Ilustrado al fin sobre la inminencia del peligro, sintió vivas inquietudes por la suerte de todo lo que le seguía. Habiendo hallado algunos restos de provisiones en Krasnoe, que fué uno de los puntos de etapa del ejército, determinó quedarse allí cuando menos hasta el día siguiente 16, para alargar la mano á sus lugartenientes escalonados á la espalda, y muy amenazados por la posición que acababa de tomar el general Kutusoff.

Con efecto, aunque, según discurría Napoleón, no quisiera el generalísimo ruso interceptarnos completamente el camino, ni provocar un acceso de desesperación por nuestra parte, no había renunciado á hacer alguna gruesa captura sobre nosotros, y aprovechándose del descanso forzoso, que habíamos tomado en Esmolensko, fué á colocarse junto al desfiladero de Krasnoe, situado á mitad de camino de Esmolensko á Orscha. Evidentemente quería cortar y coger á una porción de nuestros soldados. Consistía el desfiladero de Krasnoe, donde llegó á apostarse, en un puente echado sobre una quebrada por la cual corría el Losmina para juntarse al Dnieper á dos leguas de distancia de aquel punto. Yendo desde Esmolensko había necesidad de cruzar el puente y la quebrada poco antes de llegar á Krasnoe. De propósito dejó el enemigo que desfilara parte de nuestras tropas y entrara en la ciudad sin tropiezo alguno; bloqueándola con una mitad de sus fuerzas y ocupando el borde de la quebrada con la otra, podía muy bien interceptar á aquellas de nuestras columnas que marchaban á retaguardia.

Muy inquieto pasó Napoleón la madrugada del 16 por el príncipe Eugenio, que partido el 15 de Esmolensko para ir á pernoctar á Koritnia, debía aparecer en todo el 16 delante de Krasnoe. Acompañado este príncipe de muchos hombres desbandados, y escoltando además casi todos los parques de artillería, ya de la guardia, ya del primer cuerpo, llegó al borde de la quebrada del Losmina seguido de seis mil combatientes. Allí encontró el cuerpo de Miloradowitch, que, situado á lo largo del camino, lo flanqueaba con una parte de sus fuerzas y lo obstruía con la otra. Detrás de Miloradowitch se veían otras columnas de infantería y de caballería, que rodeaban en masas compactas la pequeña ciudad de Krasnoe. Este aspecto bastaba para revelar la situación, y demostrar que, habiendo abierto el enemigo el paso á Napoleón y á la guardia imperial por un hábil cálculo, cerró á los demás cuerpos con la intención firme de mantenerse obstruido. Intentando el general Ornano adelantarse con algunos restos de caballería, fué repeli-

do á pesar de sus esfuerzos y de su bravura. No había más que abrirse camino con la punta de la espada. El príncipe no vaciló un instante. Colocando la división de Broussier á la izquierda del camino, la división de Delzóns sobre el camino mismo, y detrás los restos de las tropas italianas, de los polacos y de los westfalianos, dirigióse vigorosamente contra la columna enemiga. Pero además de la posición ventajosa, tenían los rusos una inmensa artillería bien apostada, y nos cubrieron de metralla. Siempre heroica la división de Broussier, adelantóse hacia la izquierda del camino por entre aquella metralla mortífera, y muy determinada á apoderarse de las baterías enemigas á la bayoneta. Sin embargo, cargada por una nube de jinetes, recibiendo formada en cuadro, haciéndoles cara obstinadamente, pronto se vió obligada á replegarse y á aproximarse al cuerpo de batalla. En menos de una hora, de tres mil hombres yacían dos mil por tierra, y muertos ó heridos eran perdidos de igual manera, pues la necesidad obligaba á aquemar su sacrificio abandonando á aquellos admirables soldados del ejército de Italia.

Imposible parecía romper la muralla de hierro que nos oponían los rusos, y por tanto era indispensable abrirse otra vía. Habiendo ido un oficial de Kutusoff á intimar la rendición al príncipe con mucho respeto, le despidió desdeñosamente respondiendo que debía pensar en combatir y no en coger prisioneros. Mas, después de concertarse el príncipe con sus generales, determinó usar de una estratagema, que ofrecía algunas probabilidades de buen suceso. Substancialmente se reducía á dejar á la división de Broussier en línea para fingir un nuevo ataque sobre la izquierda contra las cumbres que se alzaban al borde del camino, á ganar la llanura á lo largo del Dnieper hacia la derecha, y á desfilarse de esta suerte á las calladas hacia Krasnoe á favor de la noche, que por aquella estación comenzaba entre cuatro y cinco de la tarde. Con la vida debían pagar esta maniobra los restos de la división denodada, pero se podía contar con la adhesión de tan heroica tropa.

Haciendo el príncipe Eugenio que esta división sin ventura se adelantara sobre la izquierda á la caída de la tarde, de modo que fijara la atención del enemigo, dispuso que el resto de su cuerpo de ejército desfilara muy silenciosamente y cubriéndose con algunos recortes del terreno hacia el Dnieper, y así llegó á ocultarse de la vista de los rusos. Expuesta la división de Broussier á la metralla y sin esperanza de salvarse, arrostraba entretanto la muerte ó un cautiverio seguro.

Mientras la columna del príncipe Eugenio se deslizaba sobre la nieve, sin otro ruido que el que hacían al caer los hombres rendidos de cansancio ó al tropezar durante aquella marcha nocturna, encontróse de pronto con un destacamento de las tropas ligeras de Miloradowitch, á quien la claridad de la luna reveló nuestra maniobra. Por dicha un oficial polaco del cuerpo de Poniatowski, sabiendo el ruso y valiéndose con singular presencia de ánimo del conocimiento de este idioma, le dijo que se callara y se alejara porque el cuerpo que se proponía detener era un destacamento de Miloradowitch que ejecutaba una maniobra en torno de Krasnoe. Así pudo llegar á esta ciudad al cabo de dos horas de marcha, no sin dejar más de dos mil muertos ó heridos sobre el camino, y además los restos de la división de

Broussier, que sólo con la llegada de los mariscales Davout y Ney podía salvarse.

Napoleón recibió á su hijo adoptivo con cierta especie de alegría mezclada de amargura, y tranquilo ya respecto de su persona y de sus soldados, su puso á pensar con profundo desvelo en el destino que amenazaba á Davout y á Ney, quedados á retaguardia. Si los dos mariscales hubieran marchado juntos, poco habría que temer por ellos, pues así contarán una masa de diez y siete ó diez y ocho mil hombres de la mejor infantería del ejército, y mandados por Davout y Ney, no era de recelar que pudiera Kutusoff ni detenerlos, ni aprisionarlos. Pero, según las órdenes dadas, Davout debía llegar solo al día siguiente y Ney al otro. Había, pues, que aguardar dos días y que sostener dos batallas para que se incorporasen á la demás tropa, y que experimentar pérdidas crueles y que correr espantosos azares. ¡Nuevo asunto de dolor y sobre todo de remordimiento por haber adoptado semejante sistema de marcha! Pero cuanto más tenía que reconvenirse Napoleón por no haber salido de Esmolensko en masa ó por no haber tomado la orilla derecha del Dnieper, más resuelto estaba á esperar en Krasnoe á los dos mariscales sucediera lo que sucediese y á dar batalla, si era forzoso, para volverles á abrir camino. Arriesgando Napoleón una acción general, podía perderla: dilatando veinticuatro horas más el momento de partir con la guardia, se podía exponer hasta á caer prisionero; mas ocasiones hay en que la misma muerte es preferible á una resolución prudente, cualquiera que sea la categoría que ocupe, y cabalmente en razón de esta misma categoría. Despierto Napoleón de aquella especie de letargo en que durante algunos días se le vió sumido, vuelto de súbito á toda la grandeza de su carácter, no anduvo en vacilaciones y abrazó su partido con noble energía. Toda entera determinó consumir, si era forzoso, aquella guardia, á cuya conservación dedicó tanto esmero, á trueque de incorporarse con sus dos lugartenientes, y así alegaba la mejor excusa de no haberla empleado en Borodino.

Su plan era sencillo. Determinado estaba á salir al día siguiente de Krasnoe con la guardia, no por el camino de Orscha, que le hubiera llevado al término de su retirada, sino por el de Esmolensko, que le conducía á retaguardia y era por donde Davout y Ney debían presentarse. Se proponía desplegar detrás de Krasnoe, sobre una meseta á cuya falda estaba la quebrada de Lossmina, la joven guardia á la izquierda, la vieja á la derecha, y aguardar allí en batalla la aparición del mariscal Davout, bajo el fuego de trescientas piezas de artillería. Situada fué la caballería de la guardia más á la izquierda sobre la llanura que se extiende á lo largo del Dnieper y por la cual halló salida el príncipe Eugenio: unos quinientos hombres, que quedaban de caballería desmontada, fueron colocados al otro extremo, esto es, á la derecha más allá de Krasnoe, para observar el camino de Orscha. Cruelmente trabajadas las tropas del príncipe Eugenio, tuvieron la custodia de Krasnoe á cargo, descansando y comiendo las sobras del almacén que allí se había formado. Habiendo tomado los rusos aquella misma noche posición en la aldea de Koutkovo, y estando demasiado próxima á Krasnoe para sufrir allí la presencia del enemigo, hizo Napoleón que se la arre-

batara á la bayoneta un regimiento de la joven guardia, el cual se vengó en las tropas del conde Ojarowski de las pérdidas de aquel día, pasando á cuchillo á cuantos soldados no tuvieron tiempo de retirarse.

A la mañana del otro día, que era el 17 de noviembre, á pie Napoleón, porque los caballos no se podían sostener sobre la escarcha, alineó personalmente su vieja y joven guardia en batalla bajo el fuego del enemigo, y por el estruendo del de la fusilería se pudo convencer de que el mariscal Davout se acercaba. Su presencia, su resolución, su noble sangre fría, la gravedad del peligro, electricaban todos los corazones.

Habiendo hecho el mariscal Davout que durmieran sus divisiones en Koritnia, se adelantó personalmente por el camino de Krasnoe durante la noche, pues con su habitual vigilancia quería cerciorarse de la índole de los peligros que le amenazaban por sus propios ojos. Grandes creía los tales peligros, á juzgar por el cañoneo que oyó todo el día, y de cuyas resultas el príncipe Eugenio padeció tanto. Una legua antes de la quebrada del Lossmina encontró á la infortunada división de Broussier, reducida á cuatrocientos hombres de tres mil que contaba aún al salir de Esmolensko, enteramente cortada de Krasnoe, y confusamente acostada sobre la nieve, mezclados vivos, muertos y heridos. Allí estaban los generales Lariboisiere y Eblé con el resto de los parques de artillería, aguardando que se les libertara.

Ante este espectáculo el mariscal tomó de pronto la resolución de abrirse paso al día siguiente y de salvar espada en mano, no sólo su cuerpo, sino también las reliquias de la columna del príncipe Eugenio. De sus cinco divisiones nada más tenía que cuatro, pues la segunda, mandada por Friant antes, y por Ricard ahora, fué cedida al mariscal Ney para reforzar la retaguardia. A nueve mil hombres ascendía y á cerca de diez mil con los que halló sobre el camino, y calculaba de plano que nada le impediría pasar con semejante fuerza, marchando resueltamente contra cualquier obstáculo que se le opusiera.

Un poco antes de amanecer hizo que se adelantaran sus cuatro divisiones, formólas en columnas cerradas, y careciendo de artillería, á consecuencia de la orden expedida por Napoleón para que fuera por delante, mandó á sus tropas caer sobre el enemigo á la bayoneta, y sin sufrir el fuego, abrirse paso por un combate cuerpo á cuerpo. Con este fin se puso á la cabeza de la división de Gerard, por ser la primera que se había de arrojar á la lucha.

Sin saberlo habíale facilitado Kutusoff la empresa. Creyendo á Napoleón ya en camino sobre Orscha, envió parte de sus fuerzas á las órdenes del general Tormazoff para impedirle que entrara de nuevo en Krasnoe, y dispuso el resto en torno de esta ciudad á las órdenes del príncipe de Gallitzín, no dejando á lo largo de la quebrada del Lossmina más que á Miloradowitch, para obstruir el camino de Esmolensko.

En conformidad de las órdenes que las cuatro divisiones del mariscal Davout habían recibido, cayeron sobre el contrario en columnas cerradas. Las tropas de Miloradowitch las recibieron con un fuerte fuego de fusilería, pero intimidadas por el empuje no aguardaron la carga á la bayoneta, y se retiraron á un lado del camino. Así las divisiones del mariscal Davout llegaron

casi sin daño al borde de la quebrada del Lossmina, allí encontraron á la joven guardia, que les esperaba, ocuparon su puesto, quedaron á caballo sobre la quebrada, unos á la derecha y enfrente de la guardia, otros á la izquierda á través del camino de Esmolensko, para alargar la mano á cuantos quedaban á la espalda. De este suerte se salvaron los restos de Broussier con los parques que se le habían unido.

Pero el príncipe de Gallitzín, que con el tercer cuerpo y la segunda división de coraceros estaba encargado de contener á las tropas desplegadas sobre la meseta de Krasnoe, y Miloradowitch, que con los cuerpos segundo y séptimo y la mayor parte de la caballería de reserva tenía el cargo de seguir de flanco á las columnas francesas procedentes de Esmolensko, juntaron sus esfuerzos para atacar á la guardia y á Davout, que estaban en batalla á derecha é izquierda de la quebrada. Como tenían una artillería formidable, abrumaron con sus fuegos á nuestros soldados bien compactos, pero sin lograr que se movieran de su puesto. Algo delante del semicírculo que describían la guardia y Davout, había una aldea, la de Ouworowo, desde la cual molestaba sobremanera el fuego de los rusos. A ella se lanzó la joven división de Roquet, y tomóla á la bayoneta. Los rusos la recuperaron atacándola en masa; de nuevo la recuperó la guardia, y alternativamente se cubrió de cadáveres franceses y rusos. El príncipe de Gallitzín destacó á los coraceros de Duka para acometer á los tiradores de la joven guardia. Éstos, formados en cuadro á la vista del valeroso Mortier, rechazaron todas las cargas de los coraceros. Pero, habiendo dirigido el príncipe de Gallitzín un gran número de bocas de fuego contra uno de los cuadros, derribó un ángulo con la metralla, y entrando los coraceros rusos por esta brecha, rotos nuestros heroicos tiradores, se vieron obligados á retirarse á toda prisa, dejando la tierra cubierta de muertos.

Inmediatamente llegó la división de Morand á ocupar su puesto y á cubrirlos. Entretanto las otras divisiones del mariscal Davout, que contemplaban el semicírculo alrededor de Krasnoe, estorbaban con su actitud imponente las empresas del enemigo, que no se atrevía á atacarlas.

Sin embargo, convenía adoptar un partido para caer sobre los rusos y desbaratarlos, ó bien retirarse á lo interior de Krasnoe para evitar una inútil destrucción de hombres. Pero el general Tormazoff había comenzado su movimiento en torno de la ciudad aquélla para interceptar el camino de Orscha, y echándolo de ver Napoleón, no quiso prolongar esta audaz tentativa de detenerse en Krasnoe, para no ser cortado de Orscha, único punto que aún se tenía junto al Dnieper, y reducido á rendir las armas. Tomar el partido de retirarse equivalía á sacrificar al mariscal Ney, pues no era creíble por ejemplo que el mariscal Davout pudiera permanecer solo en Krasnoe para aguardarle, cuando costaba tanto trabajo mantenerse á todos juntos. Aún se podían alargar algunas horas para tender la mano á Ney, bien que era forzoso que se quedarán ó que partieran todos, bajo pena de perder los que allí fueran situados, y de haber hecho una cosa inútil en detenerse los días 16 y 17. Así y todo, no queriendo Napoleón ni renunciar á ganar á Orscha á tiempo ni mandar el abandono de Ney por sí

mismo, partido cruel, con cuya responsabilidad podía cargar él tan sólo, expidió órdenes ambiguas, nada dignas de la claridad de su talento ni de la firmeza de su carácter, y que revelaban todo el horror de la situación en que se había colocado. Prescribió á la guardia que partiera, y para indemnizar las pérdidas recientemente experimentadas, la agregó la división de Compans, dejando por tanto al mariscal Davout nada más que con tres divisiones, pues la de Ricard había sido ya destacada, y ordenándole que desde luego reemplazara al mariscal Mortier en torno de Krasnoe, dentro de la ciudad luego, y que se mantuviera allí lo más posible para esperar al mariscal Ney, y que siguiera al mariscal Mortier á pesar de todo, orden equivoca que, imponiendo al primer cuerpo dos deberes inconciliables, el de esperar á Ney y el de no separarse de Mortier, hacía pesar sobre este cuerpo, el primero en renombre, en adhesión, en heroísmo y en disciplina, no menos que en línea de batalla, la terrible responsabilidad de abandonar al mariscal Ney. Más noble fuera que Napoleón se la cargara á sí mismo, pues sólo él era capaz de llevarla.

No se hizo el reemplazo de la joven guardia por las tres divisiones que aún quedaban al mariscal Davout sin gran trabajo. Menester era maniobrar sin artillería sobre la meseta de Krasnoe, bajo un cañoneo de más de doscientas bocas de fuego, y bajo las repetidas cargas de la numerosa caballería rusa.

Además había que desfilas ó detenerse alternativamente para formar en cuadro, algunas veces correr á la bayoneta sobre los cañones del enemigo para alejarlos, y por último, retirarse sucesivamente por escalones á lo interior de Krasnoe. Con menos de cinco mil hombres contuvieron el esfuerzo de veinticinco mil las divisiones de Morand, de Gerard y de Friederichs, y cubrieron la tierra de cadáveres rusos. Sufriendo mucho de su artillería los regimientos 30 de línea y 7.º de ligeros, se lanzaron sobre ella á la bayoneta, se apoderaron de varios cañones y no de otro modo se libertaron de su fuego. Sin ser desbaratadas volvieron á entrar en Krasnoe las tres primeras divisiones del primer cuerpo. No obstante, al replegarse después de todas la división de Friederichs, como que estaba á la extrema derecha, fué asaltada por la caballería enemiga. Entonces el regimiento 33 de ligeros, compuesto de holandeses, y del cual tanto hubo que lamentarse bajo el aspecto de la disciplina, formóse en cuadro, y resistió con tesón los ataques furiosos de los jinetes rusos, bien que acabó por ser roto y acuchillado en mucha parte.

Entretanto Napoleón se retiraba á toda prisa por el camino de Krasnoe á Orscha. Obstruido pudiera hallarlo, á no ser porque, sabiendo Kutusoff que estaba allí todavía, experimentó un movimiento de debilidad y atrajo á sí al general Tormazoff, situado primeramente á través de este camino. Así pudo Napoleón salir con la guardia, sufriendo un fuego espantoso, y sin encontrar á pesar de todo ningún obstáculo invencible. Pero, á medida que desfilaba cada cuerpo, se veía á las columnas de Tormazoff avanzar ó hacer alto, como aguardando visiblemente la orden de cerrar definitivamente el camino, que así y todo cubría con sus fuegos. Ante esta perspectiva se aclamaba en nuestras filas por la partida, diciendo que ya no se podría pasar de allí á poco. Al